

XI.

Cuando una religion reconocida por el Estado, y única subvencionada por él, tiene esclusivamente el derecho de practicar en público su culto, y cuando con culpa ó sin ella ha perdido la confianza de una parte de la nacion, y lejos de poderla conquistar de nuevo en el trascurso de un siglo la pierde mas y mas, ¿cuál es, cuál puede ser en lo sucesivo la situacion de esta minoría, ó de esta mayoría disidente, si despues de haber salido de una iglesia no puede ingresar en otra iglesia? ¿Se esperará á que, rendida de fatiga, vuelva algun dia á la religion oficial, dueña esclusiva del territorio? Esto seria llevar hasta el último extremo, preciso es confesarlo, la intrepidez de la esperanza; porque hace mucho tiempo ya que la fé aguarda la conversion de la incredulidad, y si no nos equivocamos, sigue aun aguardando.

Cierto número de hombres, mas ó menos considerable, por una causa ú por otra, ha renunciado el culto autorizado por el Estado; ya no cree en él, y obra mal en ello: así lo admitimos para simplificar la cuestion. Vamos mas léjos aun: admitimos igualmente que incurre en error dejando de creer lo que otros creen; pero al fin y al cabo, no ceja en su incredulidad: este es el hecho, y como el alma es libre de creer ó dejar de creer, segun su voluntad, ningun poder en el mundo podrá obligar al incrédulo á volver á pasar la valla que ha saltado ya. Donde no hay fé, el vínculo comun queda roto para siempre.

«Me he separado de esta religion sin quererlo, sin saberlo quizá, tal vez por el dominio que las ideas del siglo ejercen en mi espíritu. Sin embargo, estoy rodeado de los míos, á quienes debo dar el ejemplo y la instruccion. Hay hombres que nacen y mueren á mi lado: yo mismo tengo la obligacion de prever y preparar mi muerte, y de consiguiente debo practicar actos religiosos los cortos instantes que me quedan de vida. Pero, ¿en qué altar y cómo oraré? En la sociedad en que vivo no hay mas que una sola religion, precisamente la religion que yo abandoné, por no haber hallado en ella lo que me dictaba mi razon. ¿Acaso irá ahora á pedirle prestado su manto, para fingir lo que no puedo creer en conciencia? ¿Iré á mentir á Dios, á mentirme á mí mismo delante de mi tumba, ó delante de mi cuna? Sin tener la fé interior, ¿aparentaré públicamente tenerla, representando así una infame farsa, y para engañar mi sentimiento religioso me cubriré con el velo de la hipocresía?»

XII.

El alma honrada no tiene mas recurso despues de haberse separado de la iglesia oficial, que vivir en el estado de soledad religiosa; pasar su vida lo mejor que pueda, sin inquietarse por nada; recoger por do quiera y á la ventura un axioma filosófico, cualquiera que sea, sobre cada problema de su destino, y luego pensar en él lo menos posible, para no cansar su imaginacion. La indiferencia; tal es indispensablemente la única religion posible para el que ha salido de la religion del Estado. Pero la indiferencia trae consigo una consecuencia muy grave. Desde el momento que una disposicion del Código prohíbe al hombre la colaboracion del bien con otro hombre; unirse á él para perfeccionarse; pedirle y recibir de él á cada instante un consejo sobre sus pensamientos y conducta, esta disposicion de la ley deja al hombre abandonado en la soledad, es decir, en la impotencia, y disminuye sin advertirlo en la sociedad las probabilidades de la virtud.

De manera, que la hipocresía ó la indiferencia es la única alternativa del alma que ha perdido la fé en el único dogma admitido por la nacion. La hipocresía causa en los pueblos una desmoralizacion mayor que la incredulidad. Cuando el hombre, apagada la voz de la conciencia, llega á fingir, burlándose de todo lo que hay mas sagrado en la tierra, llegará un dia, no hay que dudarlo, por los caminos mas oscuros y tortuosos tan lejos como el sacrilego consumado puede llegar. Ya no hay vicio de que no sea capaz. Guardaos del hipócrita: siempre tiene dos títulos para ser malvado. Obra el mal, en primer lugar, por aficion, y luego porque quiere fingir ser sincero, en una época en que la intolerancia pasa por una prueba de sinceridad. Alejaos de él si le encontrais en vuestro camino: os haria morir abrasados como la Inquisicion. No intentéis, sobre todo, quitarle la máscara; porque practicando el mal con su doble carácter, tiene una doble injuria que vengar. Su venganza obra en esta proporcion. Pero eso aun es el menor inconveniente de la hipocresía. A fuerza de aparentar costumbres admitidas, la falsa piedad acaba por hacer desconfiar de toda especie de piedad. Ella infunde en la conciencia igual confusion que la moneda falsa esparce en la circulacion. Si la religion pudiera morir, la hipocresía la hubiera asesinado.

XIII.

En cuanto á la indiferencia, considerad el espectáculo que ofrece el mundo: lo que estamos presenciando es obra suya exclusivamente. Ha-

blando con ingenuidad, ¿qué puede esperarse del hombre que ya no vive la vida espiritual, y que por consecuencia no tiene ocasion alguna de concentrarse en sí mismo, de examinar su conciencia, de seguir ejemplos y de pedir consejos? Este hombre, de seguro, á menos de ser un ente privilegiado, es decir, una escepcion, apagará poco á poco en su cerebro el pensamiento religioso. Es cierto que lo apagará sin violencia, sin premeditacion, y solo porque ha perdido la facultad de ejercer esta idea en comun.

En compensacion, este hombre reemplazará en su alma la idea de la divinidad por el interés. Acumulará riquezas; las gastará; disfrutará en seguida, ó esperará otra ocasion para disfrutarlas. Vivirá por completo, sin otra mira que lo presente, ocupándose en indagar, no el bien ó el mal, que esto nada le importa, sino la pérdida ó el beneficio. Siempre será partidario del que alcance la victoria, sea quien fuera, y el primero en condenar el partido á que pertenecía ayer, si este es vencido. El hipócrita tiene la lógica del escepticismo: cuando ya no cree en nada, debe creer cuando menos en la utilidad. La utilidad, en medio de la duda mas absoluta, es cosa que parece efectiva; que parece cierta; que luce; que suena en forma de metálico. ¡Oh, Francia, nacion caballeresca por excelencia! Tú, que ayer eras el goce de la historia, ¿te has propuesto llegar al estado de abyeccion del hipócrita?

Sería cuando menos disculpable la indiferencia práctica, si no acabase con el tiempo por ser aceptada tan de veras, que oimos predicar á cada paso su teoría con admirable candidez. Mirad á ese hombre de mundo, que ha hecho una operacion de Bolsa con la proteccion de cierto banquero desconocido, y que ha ganado así el derecho de ser insolente. Al mirarle parece jóven, y efectivamente, tiene algo en el semblante que aparenta juventud; pero, anciano á los treinta años, ha perdido ya todas las ilusiones. Decidle, por ejemplo, que hay en la sociedad algo mas que el goce de asistir á un banquete espléndidamente servido; que existe tambien la idea del deber cumplido; que esta idea, digna de reflexion, es la que tiene un derecho privilegiado sobre nuestra existencia, y este hombre echará primero sobre vos una mirada inquieta, como sobre una persona peligrosa que hace ostentacion de moral para elevar mas altel oprecio de su venta. Despues, si llegais á insistir y á tratar de convencerle de la sinceridad de vuestras palabras, os medirá de arriba abajo con aire desdeñoso, y dirá sin abrir apenas los lábios, que la conciencia en el dia es una palabra fuera de uso, y que tanto si es hombre como si es mujer quien la pronuncia, todo consiste en la cantidad que pueda invertirse en falsear su virtud. Mientras se espresa así el escéptico, podreis leer en su ade-

man y gesto las siguientes palabras, que os dirige vos ásin proferirlas: «¡Hé aquí otro imbécil, que aun no ha sabido encontrar comprador!» Y cuando, al salir de la habitacion de este hombre, quereis refrigerar vuestro corazon, fijais los ojos en la frente de vuestra tierna hija, perfumada por el hálito de Dios, y embellecida por los sentimientos que le ha inspirado su madre con el último abrazo que la dió, y os estremeceis hasta la médula de los huesos, pensando que aquel hombre, de quien acabais de despediros, puede un dia llegar á ser su esposo.

XIV.

Preciso es convenir en que la Francia, de sesenta años á esta parte, ha pasado por muchas vicisitudes: ella ha conocido igualmente el triunfo y la adversidad; ha asaltado las ciudades de Europa, y las naciones extranjeras la han asediado hasta en su capital.

Desolada, vencida, devastada, ha sufrido todos los tormentos de la derrota: ha pagado con creces los gastos de su propia invasion, y visto á los ejércitos enemigos llevarse los girones de su territorio en las puntas de sus bayonetas.

Todo esto es muy triste, no hay duda; todo esto es humillante. Debemos señalar con una cruz negra estas calamitosas jornadas, y borrar su recuerdo de nuestra memoria. Mas juramos á fuer de hombres que han conservado la franqueza proverbial del carácter francés, que tan sinietros recuerdos nos causan tanto rubor como las horribles apostasías, las prevaricaciones religiosas de que nuestra generacion ofrece al espectáculo.

Nuestros antepasados á lo menos no han visto la hipocresía constituida en poder, ni tampoco contemplaron al dia siguiente de una revolucion á muchos hombres á quienes arrullaron en la cuna los ecos de los cantos de Beranger, monjes de la *Ópera*, trapenses de la sala *Marville*, con el labio aun convulso por el recuerdo de alguna diosa de la *cloaca maxima de Nuestra Señora de Loreto*, adoptar de repente un aire compungido de devocion, y sobre las huellas frescas aun de sus inmundas bacanales, inaugurar el reinado del Antecristo de la Francia, el reinado de Tartufe, precursor del de Satanás.